

sonas. Al borrador de la carta escrita en Roma para la revista *Atenea* (1857) más tarde hizo un agregado: «La carta publicada en *Atenea* es estúpida.» Y encima del borrador de la carta para la editorial *Severnaia Pchela* (1862) está escrito: «La carta para la *Severnaia Pchela* acerca del sinvergüenza de Mekrasov.» En algunos cuadernos está escrito de una mano ajena, de niño, la palabra «Travaille».

Dejamos para el último un documento que no es literario pero sí humano. Es lo que Turguenev llamó la «hoja del dolor», el diario de su enfermedad, que llevó él mismo durante 62 días, desde el 2 de Agosto hasta el 12 de Octubre de 1882, durante el tiempo que hizo la cura de leche. Al lado de observaciones puramente medicinales, se encuentra el grito del corazón enfermo, cansado de los largos sufrimientos, y desesperado de poder mejorarse:

29 de Agosto Martes. Un día malo; desde las cinco de la tarde empezaron los dolores en el lado derecho. Pasé mala noche y en la mañana siguieron. Todo lo demás s. a. (*sicut ante*: como antes). El resultado de la cuarta semana: peor que la semana anterior. Especialmente los dolores en el lado derecho han aumentado. Yo no puedo mejorarme....

25 de Octubre. Trece días pasaron desde que escribí estas líneas. Nada más que 85 días que tomé mi cura de leche. Pero yo dejé de anotar... no vale la pena. Mi enfermedad se ha afirmado para siempre. O un poco mejor o peor... pero mejorarme... es imposible.... Y mi situación no cambiará nunca. Hasta el final de mi vida no me podré ni parar ni podré andar. Me acostumbré a la leche, pero no siento apetito para otra comida. Voy a seguir con la leche, pues, siempre es bueno para el estómago y los riñones... —y con esto basta. ¡Basta!

G. LOZINSKI.

Exclusivo para *Atenea* en Chile. (Traducción de L. Schostakovsky.)

Un historiador anónimo

LA celebración del aniversario de la batalla de Yungay, el 20 de Enero de 1839, dió motivo al que esto escribe para recordar uno de los más pintorescos incidentes de la primera campaña contra la Confederación Perú-boliviana, forjada por la imaginación ardiente y la ambición desmesurada del mariscal Santa Cruz, que fué puesta bajo las órdenes del almirante don Manuel Blanco Encalada.

Blanco Encalada tuvo la peregrina idea de proponer al general boliviano, en circunstancias en que se encontraba concen-

trado con sus tropas en Arequipa, la decisión de la batalla que se acercaba en un combate singular de seiscientos hombres escogidos de cada ejército. El cónsul norte-americano haría de juez y hasta se llegó a elegir el sitio más adecuado para el proyectado encuentro bélico. Santa Cruz, con esa su habilidad característica, aceptó en principio la proposición del general chileno, lo que le permitió ganar tiempo y concentrar todas sus fuerzas en las vecindades del campamento chileno. Convencidos los chilenos de la superioridad de las tropas de la confederación, desmoralizados por su larga estada en un suelo extraño de clima agobiador, no tuvieron otro camino que entrar en tratos de arreglo. El resultado de esos trajines, en los que le cupo tan destacada participación a ese hombre inquieto y turbulento que fué don Antonio José de Irisarri, fué la firma del Tratado de Paucarpata, que Chile rechazó con energía como un grotesco insulto a su altivez y a su inquebrantable resolución de derribar la endeble Confederación Perú-boliviana.

Este curioso incidente, olvidado en los fárragos de los historiadores nacionales, ha servido para revelar la existencia de un historiador anónimo, entusiasta de nuestro pasado, conocedor de sus hombres, de sus flaquezas y debilidades. Y decimos que es un historiador anónimo por cuanto desarrolla sus labores en esa forma, por medio de frecuentes cartas llenas de confidencias, de observaciones, de reparos, de anécdotas sabrosas y desconocidas. Es una especie de historiador de entre bastidores, de libro de Memorias, en el que el amor a la verdad despunta con ático donaire. No se crea que nuestro escritor epistolar está ayuno de literatura; por el contrario, las páginas de Barros Arana y Sotomayor Valdés, de Bulnes y de Daniel Riquelme le son familiares. Pero el historiador anónimo no cree en la historia oficial, en la de los libros de texto, en la consagrada por los severos volúmenes de los escritores académicos. El historiador anónimo ha recogido nuestra tradición nacional no en los libros consagrados, sino en sus propios recuerdos, en el testimonio de los contemporáneos, en los pelambrillos de sobremesa y en todos aquellos hechos de la vida íntima de los personajes que las más de las veces determinan las resoluciones de los hombres públicos y trazan el surco de los acontecimientos. . . .

Esta familiaridad del historiador anónimo con las intimidades del pasado, con las debilidades y flaquezas de los hombres de otras generaciones, le ha permitido trazar una cruda semblanza del almirante Blanco Encalada, que sin duda es acertada, pero que dista mucho de la que se encuentra en los tex-

tos de historia patria. He juzgado al almirante Blanco Encalada, dice el historiador anónimo, un hombre más o menos bien dotado y gran farsante favorecido por la fortuna. Como marino, apenas había sido guardia-marina o alférez de fragata, cuando llegó a desempeñar un puesto de Almirante en una guerra. Como militar le pasó algo parecido. Tuvo a su favor en la toma de la *María Isabel* que los buques a sus órdenes eran muy superiores al buque español. Con el *San Martín* y la *Lautaro* había de más para tomar a la fragata española, y los comandantes de los buques chilenos eran buenos marinos, Wilkinson y Worcester. Pero Higginson y Guise no tuvieron confianza en Blanco y no quisieron servir a sus órdenes.

En el combate del Barón, en que fué derrotado el jefe rebelde José Antonio Vidaurre, tenía Blanco a su disposición fuerzas muy superiores, y un buen militar que le ayudó y lo hizo todo, Vidaurre Leal. En la campaña de 1837, que concluyó con el Tratado de Paz de Paucarpata, andaba con Irisarri, el mismo que lo había nombrado y acompañado en la campaña contra Talca el año 1814, en que fué derrotado en Cancha Rayada. En esa ciudad tuvo al frente como uno de los jefes enemigos a un tal Calvo, que debe haber sido un hombre de agallas. Aunque chileno y traidor, no se dejó engañar por el expediente que usó Blanco en Arequipa ofreciendo combates singulares, que recordaba los de los españoles con franceses durante la época del Gran Capitán.

En el Consejo de Guerra que se le siguió a su vuelta de Arequipa, continúa el despiadado historiador anónimo, en el que fué absuelto de culpabilidad, lo defendió el coronel carrerino don Pedro Nolasco Vidal. Nadie ha hecho un estudio desapasionado y tranquilo de ese proceso, que contiene revelaciones muy curiosas sobre las dotes militares y náuticas del captor de la *María Isabel*.

Blanco tuvo la suerte de ser muy considerado por los gobiernos que se sucedieron. Fué Intendente de Valparaíso y Ministro de Chile en Francia, donde tuvo vara alta con Napoleón III, pues su hija Teresa había sido condiscípula de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Blanco era sordo como tapia, agrega este terrible historiador desconocido, y cuando Napoleón III tenía que gritarle para que oyera, el almirante le respondía: «¡El cañón de Maipo!», como si el Emperador estuviera familiarizado con la historia de Chile. ¿Iría a saber que hubo una batalla con ese nombre y que Blanco mandó en ella un grupo de artillería? Por lo demás, la sordera del almirante Blanco no era causada por el cañón de Maipo, sino que era una sordera

de familia. Sordo como tapia fué su sobrino el escritor don Manuel Blanco Cuartín y esta lamentable dolencia padeció igualmente el hijo de éste, el distinguido hombre público don Ventura Blanco Viel.

El historiador anónimo lleva su crueldad hasta la irreverencia, hasta el punto de convertirse casi en un detractor del marino. ¿Qué fortuna guió siempre a este hombre, se pregunta, que a mi juicio no tuvo grandes méritos? Sin embargo, hasta tiene estatua en Valparaíso y un alto renombre. Nunca ha habido un escritor que haya reducido a este hombre a sus verdaderas proporciones. Pero no todo es juicio airado y opinión apasionada en el historiador anónimo. También es sensible a la admiración y discierne el incienso de su elogio con una sutil ironía. Le reconozco al general Blanco Encalada—termina su semblanza—una gran cualidad: supo administrar muy bien su fortuna. Dicen que compró una parte de Santiago que se llamaba «Los Monos», y que muy pocos años después esta propiedad valía mucho, muchísimo más. Compró a los padres de la Merced en 8.000 pesos un fundo en Chimbarongo, y pocos años después valía cientos de miles de pesos.

¿Qué espíritu curioso y zahorí se oculta tras el escritor anónimo? Pues no sólo la pasión de la verdad es la que mueve su pluma inquieta; todo cuanto dice relación con nuestro pasado le preocupa: la autenticidad del acta del Cabildo del 18 de Septiembre de 1810 y la nueva división territorial de la República, las deficiencias de la cartografía y la insuficiencia de los textos. ¿Debemos juzgar sus líneas como desahogos del despecho, o como una formal tentativa de reacción contra la historia oficial y palabrera, hueca de sinceridad y pletórica de suficiencia y pedantería? El sarcástico e irreverente espíritu del inmortal abate Coignard parece animar su pluma mordaz, acerada y escéptica, con ese inteligente escepticismo que es la sal del pensamiento.—RICARDO DONOSO.

En la isla del Farallón

A

las cuatro de la mañana el mar oscuro se ilumina por arriba con las estrellas; se ilumina por el fondo con las fosforescencias que emergen al roce de la barca y perduran en la cinta de luz pálida que va trazando en su curso la quilla. Encogidos por el frío del viento nocturno avanzamos como quien penetra en sombras, eludiendo con la